

mi casa, tan grande que no hay columnas que sostengan su techo agujereado de estrellas.

Y como habían dejado la puerta un tanto abierta para que entrase el olor de la tierra húmeda, por ella se echó a la libertad, ladrando a la luna que en ese momento se hundía en los cipreses, como una perla en una cabellera.

¡Ah! era un perro que tenía el valor de su instinto. Algunas veces lo sienten también los viejos, pero ya es tarde. Entonces los viejos reclinan la frente en la mano y miran la luna, tan cansada, pero tanto, como una frente que se reclina en la mano.

1909.